



3

Regreso a la realidad

Parpadeé y busqué aclarar mi visión. Desearía no haberlo hecho, pues seis rostros descompuestos se ceñían sobre mí en espera de una reacción. Seis hermosos, increíbles e inmaculados muchachos aguardaban por mí.

Eran mis creaciones.

—¡Dios santo! —murmuré y tomé la sábana que me cubría el pecho para cubrirme la cara—. Estás soñando, Edyah. Has tenido un cumpleaños difícil, la has pasado mal. Es normal que tengas alucinaciones. Sí, es completamente normal...

—Las alucinaciones nunca son normales —replicó una voz sobre mi cabeza.

—¡Oye! Tú eres médico, ¿no? Ayúdala —ordenó otro, de manera firme.

—Está conmocionada —diagnosticó—. Es una reacción normal a algunas drogas. A veces, las personas olvidan lo que han hecho o, en este caso, ¡CÓMO HAN SECUESTRADO A SEIS HOMBRES!

—¡YO NO HE SECUESTRADO A NADIE! —repliqué, antes de intentar ponerme de pie; me choqué con todos ellos—. ¡PAPÁ!

—Oh, vamos, ya habíamos pasado por esto —suplicó Killian.

—Edyah, solo tienes que decirnos qué fue lo que ocurrió —aclaró Jared—. Sé que lo recuerdas... solo dínos por qué estamos aquí.

Mi cabeza daba vueltas. El mundo que estaba debajo de mis pies se movía con giros vertiginosos. No, ni loca. No iba a creer



en las palabras de la anciana con la que topé a mitad de la calle. No obstante, tampoco, iba a creer en mi cordura de la noche anterior. En ese lapsus, vomité, ¿cierto?

Quizá sí había sido drogada durante el día y no lo había notado. Hasta cabía la posibilidad de haberme golpeado la cabeza con el borde del váter y de encontrarme, en una camilla de hospital, dentro de un coma inducido.

Coma inducido. Sí, definitivamente era un coma inducido.

Sonreí.

La mente de un escritor es un mar de posibilidades. No me sorprendería que un dragón, oculto en el sótano, comenzara a arrojar arcoíris y pegatinas de unicornios, en lugar de fuego, hacia nuestra dirección.

—¿Lo ven? ¡Drogas! ¡Son las malditas drogas! —Me señaló Alden Bell con el ceño fruncido.

—Edyah —insistió Jared a medio paso de perder la paciencia.

—Venga, está bien. —Reí por lo bajo, incapaz de contenerme ante la idea de representar tal escena—. Ayer cumplí dieciocho, mi novio se metió con la brujastra que duerme en la habitación de al lado y todos olvidaron mi cumpleaños. ¡Incluso, en el club del periódico escolar! Después de eso, me encontré a una anciana con los dientes más bellos que he visto en la vida. Ella juraba que usaba zapatos Gucci, pero les juro que esas cosas ni siquiera podrían llegar a...

—Edyah —suplicó Jared, de nuevo.

—Lo siento. —Carraspeé—. Bien, la cosa es que la mujer me ha dicho un montón de palabras extrañas. Básicamente, me dijo que pidiera un deseo. Después de pensar que todos los hombres eran una mierda, decidí traer a verdaderos caballeros. Sabía que esa especie única solo iba a encontrarla dentro del papel encuadernado, así que deseé que mis creaciones masculinas vinieran a mí... ¡Y aquí están! ¿No es genial?

Los seis me observaron como si de pronto me hubiese llenado la boca con cucarachas y escorpiones del suelo.

—Esto es peor que las drogas. —Alden se rascó la nuca con una mano y clavó la mirada en el techo.

—¿Cierto? —Barrí la mano en el aire, como si le restara importancia—. Tranquilos, los médicos de la ciudad son realmente buenos. Sí tuve la buena fortuna de caer en la Clínica Mayo, saldré en un santiamén. En cuanto despierte, ustedes volverán a sus importantes vidas.

Si antes me miraban como a una loca, ahora, ni siquiera podía describir la forma tan preocupada con la que me recorrían con la mirada.

—Y ahora que caí en un coma muy vívido, debería ir a decirle a Zac Newman que lo amo y que me decepcionó se metiera con Lizzy el verano pasado. —Me puse de pie—. También, debería decirle a la profesora Carmen que su aliento a ajo es... penetrante. A mi padre, que su equipo de brutos me tiene cansada y, al equipo de brutos, que no son más que cerebros licuados dentro de un cuerpo bien trabajado. Son todos unos cabezotas.

Silencio.

—Y esos son... ¿insultos? —preguntó Liam arqueando una ceja.

—Nunca ha sido muy buena con los insultos —confirmó Jared.

Entonces, recordé que él no era parte de ninguna de mis novelas. De hecho, nunca había utilizado ese nombre y no entendía por qué mi mente lo había materializado. Quizá era algún efecto de la anestesia.

—¿Y tú quién se supone que eres? —Fruncí el ceño y toqué su pecho con el índice. Me sorprendí.

Vaya, pero que sueño tan... realista.

Él suspiró y se pasó una mano por los cabellos, como si buscara liberarse de una presión invisible, como si quisiera despertar de una pesadilla.

¡Pues, ya éramos dos!

—Soy Jared, yo era... —hizo una pequeña pausa para rascarse la nuca y vagar en un mar de pensamientos mientras pescaba

las palabras adecuadas para lo que diría a continuación—: yo soy tu amigo imaginario.

Las risas no se hicieron esperar. Los cinco chicos restantes estallaron en sonoras carcajadas. A Jared no le hizo mucha gracia, pero no hizo más que cruzarse de brazos y observarlos con enojo. Yo sonreí.

—¿Cuántos años tienes? ¿Cinco? —se burló Kaden, apenas capaz de contenerse.

—¿No eres demasiado mayor para tener amigos imaginarios? —me preguntó Liam y me miró con ternura, como si fuera su hermanita pequeña o un osito de felpa de su infancia.

—No tengo amigos imaginarios —repliqué y me uní a sus risas con simpatía. Eso era una buena broma.

—Lo tenías a los tres y lo perdiste a los ocho. —Jared parecía confiado—. Me recuerdas y lo sabes. —Con agilidad, tomó uno de los cuadros que mi padre conservaba sobre la chimenea. Era un dibujo pintado con crayones en el que aparecíamos mis padres, Jared y yo. Estábamos en un jardín todavía más imaginario, que el niño loco que sostenía la pelota—. Yo, también, soy un hombre creado por ti.

¿Qué demonios...?

Vaya, sí que tenía una mente hiperactiva. Ni en mis más locas pesadillas habría imaginado traer a la vida a un amigo imaginario. Vamos, no podía recordar el hecho de haber tenido uno en la infancia. Ese dibujo, cubierto de polvo en el rincón, no demostraba nada. ¡Ni siquiera sabía que lo teníamos ahí!

—Tiene tu firma —advirtió y señaló la esquina del retrato, como si aquello pudiera probar algo.

—Este es un sueño muy loco...

—¡Eddie, este no es un sueño!

—¡No me llames Eddie! ¡Esto no es real! —Me cubrí las orejas con ambas manos. Buscaba apagar las voces que se adentraban en una discusión sobre por qué aquello no era real.

—¡YA BASTA! —los silenció Jared de un solo tajo.

—¿Pretendes que crea que soy un personaje dentro de la cabeza de esta niña? —preguntó Kaden con escepticismo.

—Lo dice el que espera que creamos que tiene el destino del universo en sus manos. —Alden resopló.

Liam rio por lo bajo y chocó los cinco con el doctor Bell. Los miré. Todos eran jóvenes que tenían entre los veinticinco y treinta años de edad. Eran demasiado perfectos y parecía que cargaban con el peso del mundo sobre sus hombros.

Mi cabeza daba vueltas. Jared tomó mi móvil de la encimera y comenzó a leer:

—Alden Bell. Niño genio de veintinueve años. Tiene el cabello oscuro y ojos «exóticos» que cambian con el color de su atuendo o el clima; se turnan entre el gris y el azul. —Rio leve y negó con la cabeza—. Creador de la cura contra el VIH. —Jared silbó sorprendido—. Es el director del área A1 en el Centro de Investigaciones Científicas, CIC.

Pero a Alden no le pareció divertida la repentina ola de información que el muchacho había dejado caer sobre la mesa en un solo escupitajo.

—Es información clasificada...

—Oh, no en esta novela amigo. —Jared le mostró la portada de mi último libro con el máximo descaro que podía emplear.

—No existe la cura contra el VIH —replicó Killian Collingwood—. ¿En serio esperas que creamos que esa mierda es real?

—¡Disculpa?! —Me puse de pie y sentí cómo la ira comenzaba a calentar cada vena de mis piernas—. ¿Cómo has dicho?

—Sí, ¿qué has dicho? —me respaldó Alden que dio un paso al frente para colocarse junto a mí—. Casi me cuesta la vida defender esa vacuna.

—Killian Collingwood —continuó Jared, como si no fuésemos más que hormiguitas enfurecidas y poco dignas de su atención—. Creador de Crackface, una aplicación conocida a nivel mundial. Él es heredero de la línea de hoteles Collingwood y supervisa el proyecto Food Porn junto a una dulce e inteligente

chef llamada Claire Kinsella. La ama, pero le ha puesto, primero, el ojo a su prima. Buscará hincarle el diente a una, antes de correr con la otra...

—¿Qué demonios estás diciendo...?

Killian Collingwood se acercó a Jared, pero este fue más rápido. Motivado por la repentina expresión enfadada de su compañero, continuó con historia:

—Oh, aquí dice que logrará pasar a segunda base con una de ellas. —Suspiró con exageración y se llevó una mano a la boca, para cubrírse la—. Eres un casanova Collingwood. Quién diría que los ascensores serían tan buenos para...

Le di un golpe, en el hombro, con el puño y le arrebaté el teléfono. No tenía intención de permitir que mis novelas fueran un chiste para todo el mundo.

—¿Qué clase de hombre crees que soy? —preguntó, molesto. Trataba de atrapar a Jared, que había corrido a resguardarse detrás del sofá.

—Uno cruel y duro igual que Liam. —Lo miré antes de arrugar la nariz y negar con la cabeza para retractarme—. No, olvídalo. Nadie es más cruel que Liam, ni siquiera Donnan.

Liam me miró mal y tomó mi iPhone por la mala. Tecleó algo sobre la pantalla y comenzó a leer con el ceño fruncido:

—Liam Woodgeth: empresario exitoso de veintinueve años de edad. Busca vengar a su mejor amigo y para eso utiliza como carnada a la única mujer que amó en toda su vida, Lucinda Webber. Ella es una chica de veintitrés años que tiene una lengua larga y es dueña de una mala suerte monumental. Transpira problemas por cada poro. Es una exmilitar a prueba, su padre fue almirante mayor y su mejor amiga, psicóloga. Exnovio... —Me miró con una mezcla de miedo y de odio—. ¿Cómo es que tienes información de William Villeé? Eso es clasificado, tendrás que venir conmigo.

—¿No te parece que tienes un problema con los millonarios y la información clasificada? —preguntó Jared con una

mano debajo del mentón, con la que aparentaba seriedad y profesionalismo.

—Vende bien. —Me encogí de hombros. Él chasqueó los dedos en mi dirección y me guiñó un ojo, como si me diera la razón.

—¿Qué es esto? —Señaló Donnan hacia la pantalla mientras miraba sobre el hombro de Liam que, sin esperar demasiado, le tendió el móvil—. Donnan Montrose es un príncipe de Terrasén. Pertenece a al linaje conocido como «Los destructores», que fue elegido después de la Cuarta Guerra Mundial. Poseen poderes sobrenaturales. Los Terrasén tienen una increíble habilidad para infundir dolor en cualquier miembro de la raza humana. ¿Su atracción por la princesa Shirley logrará vencer las barreras entre los reinos enemigos? —Levantó la mirada y me observó con dureza—. ¿Qué significa esto?

—Muy bien, Kaden. Te toca, hermano —apremió Jared, pero Kaden ni siquiera se inmutó. Continuó mirándonos con desprecio—. Vamos. En serio, no quieres que yo lo lea, ¿verdad, Collingwood?

Killian lo miró mal e hizo ademán de seguirlo; pero Jared se escudó detrás de mí, como el muchacho fuerte y valiente que era.

—Bueno, veamos. Kaden... sin apellido —comenzó a leer Jared desde la tableta que mi padre había olvidado sobre la mesa—. Famoso gladiador que posee fuerza sobrehumana. —Se detuvo para observarme—. Oh, ¡vamos, Eddie! Tienes un verdadero fetiche por los poderes. ¿Cuándo escribirás sobre un héroe flacucho? ¿No recuerdas a Superespagueti? ¡Ese sí era un verdadero héroe de acción! —añadió, entre paréntesis, antes de continuar con su narración—. Bien. Sigamos. Bla, bla, bla, hombre de guerra, bla, bla, bla, galaxias, reinos, bla, bla, bla, busca recuperar a su novia indefensa que fue secuestrada. —Resopló—. Demasiado predecible, al final la chica muere. Una pena, parecía linda...

—¿Qué estás diciendo? —Kaden se acercó y le arrebató la tableta sin mucho tacto. Me hizo soltar un chillido de asombro. Si mi padre se volvía loco cuando no ganaban un partido de fútbol,

no quería ni imaginarme como se pondría si perdía el dispositivo con el que veía los juegos en el entrenamiento. Sin ir más lejos, era probable que, en ese mismo instante, su club de brutos estuviera sufriendo los estragos de tener toda la atención del entrenador gracias a habérsela olvidado.

—Eso es cruel, Eddie. —Señaló Jared.

—Era necesario —aseguré—. No todos los finales pueden ser felices. Además, Kaden logró su objetivo y salvó a las galaxias.

—¿A costa de la chica que amaba? ¡Eso es cruel, Eddie! —repetió con mayor convicción.

Me encogí de hombros:

—Es lo que es.

Jared caminó hacia al centro, unió sus palmas y explicó:

—Una extraña mujer le concedió, por alguna razón todavía más extraña, un deseo aún extraño a una chica extremadamente extraña. Al hacerlo, le dio vida a los hombres que creó dentro de sus mundos literarios. No sé cuándo, ni cómo terminará esto; pero sí sé que no podemos alejarnos de Edyah, no si nuestra intención es no volver jamás. Estamos dominados por una fuerza externa a nosotros.

Todos lo miramos con el ceño fruncido, excepto Kaden, que se había limitado a hacerme presa de su profundo odio.

—Es cierto —dijo, al fin. Tenía la mirada inyectada en sangre y me hizo frente con desagrado—. Rebeca muere... ¡Ella muere y cae a mis pies, como un pedazo de basura!

—Lo sé...

—Y tú eres la culpable. Tú le hiciste eso...

—Oye, Kaden... —Negué con la cabeza—. Es solo ficción, cuando yo despierte...

Pero no pude plantearle un panorama sobre lo que ocurriría luego, porque su mano se cerró sobre mi cuello y mi cuerpo voló por los aires. Choqué contra la pared de los recuerdos. Los cristales de los retratos cayeron sobre mí cuando golpeé contra el suelo. Quizá eso era bueno, ya que, la verdad, esos retratos eran

horribles; la mayoría pertenecía a la boda de Sara y mi padre, y el resto era del equipo de porristas y el club de brutos.

Un zumbido llenó mis oídos, varios gemidos de dolor inundaron el aire. Una mano comenzó a apartar los mechones de cabello de mi frente, mientras me llamaba con desesperación por mi nombre.

—¡EDYAH!

Dejé que me ayudara a ponerme de pie y ahogué varios alaridos en el intento. Los cristales se incrustaron en mis brazos y piernas, las líneas de sangre formaron líneas sobre el mosaico. Sara iba a matarme.

—Ni siquiera lo pienses —advirtió la voz junto a mí, con una autoridad aterradora.

Alcé la mirada y encontré a cuatro de los seis chicos retorciéndose de dolor. El quinto estaba arrodillado junto a las escaleras y buscaba recuperar el aire, era el príncipe de Terrasén. Jared era el que me sostenía y miraba con odio a Kaden que agonizaba por un dolor invisible.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Liam, cuando pudo ponerse de pie. Se sostenía el abdomen con una mano.

—Tenía que detenerlo, es solo una chica —respondió Donnan—. Pero al parecer, mis poderes en esta dimensión son mucho más inespecíficos. —Dirigió su mirada a Jared—. ¿Y tú? ¿Cómo es que no te ha afectado? ¿Cómo has logrado controlar la fuerza de Kaden?

Jared me ayudó a caminar directo hacia la sala principal y, sin mirarlos, respondió:

—Soy su mejor creación.

